

Más allá del placer de la lectura*

Elsa Margarita Ramírez Leyva**

Para Héctor Guillermo Alfaro López

RESUMEN

Este artículo intenta explorar a fondo la propuesta de H.G. Alfaro, "El placer de la lectura", en dónde está el peligro del placer de leer. Para ello recorramos algunos aspectos históricos relacionados con los peligros que suscitaba la falta de control sobre lector gozoso. Asimismo, tratamos de despejar con apoyo de la teoría psicoanalítica el proceso pulsional que involucra al Eros y al Tánatos, a fin de buscar qué está atrás del placer de leer, ¿Podría ser ese instante de júbilo?

PALABRAS CLAVE: deseos en la lectura, emociones en la lectura, placer por leer, lectura, psicoanálisis, lector.

Abstract

The article intends to explore in depth H.G. Alfaro's proposal on "El placer de la lectura" about where the dangers of the reading pleasure are located. For that purpose an outline of the historical aspects related to the dangers promoted by the lack of controls over the joyful reader is made. Likewise, with the support of the psychoanalytical theory the document attempts to clarify the pulsional process involving Eros and Tanatos in order to find what lies behind the pleasure of reading. Could this be a moment of joy? (FRRE)

KEYWORDS: reading wishes, reading emotions, reading pleasure, reading, psychoanalysis, readers. (FRRE)

*...cuando alguien, haciendo uso de la dialéctica y eligiendo un alma adecuada, planta y siembra palabras con fundamento, capaces de ayudarse a sí mismas y a quienes las plantan, y que no son estériles, sino portadoras de simientes de las que surgen otras palabras, en otros caracteres, son canales por donde se transmite, en todo tiempo, esa semilla inmortal, que da felicidad al que la posee en el grado más alto posible para el hombre.
Sócrates*

*Ni la cultura ni su destrucción son eróticos: es la fisura entre una y otra la que se vuelve erótica. El placer del texto es similar a ese instante que se vuelve insostenible, imposible...
Roland Barthes*

*La letra sólo existe, pues, para el "espíritu", para el soplo, al fin, del lector.
Emilio Lledó*

* Comentario a la conferencia magistral titulada "El placer de la lectura" dictada por el Dr. Guillermo Alfaro López en la Biblioteca Central de la UNAM el día 11 de octubre de 2006, dentro del marco de festejos de su 50º aniversario.

** Investigadora del Centro Universitario de Investigaciones Bibliotecológicas (CUIB), Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F. México. Correo electrónico: eramirez@servidor.unam.mx

Más allá del placer de la lectura



Por lo general, el inicio de un texto es una bienvenida al lector, donde quien escribe explica sus intenciones, pinta de modo breve su tema y traza un itinerario para recorrerlo; en ocasiones, comienza con una pregunta que obliga a pensar en alguna respuesta o despierta curiosidad para seguir adelante. En cambio, no es común empezar con una advertencia sobre el placer, precisamente cuando ya el título del asunto remite a una disposición de ánimo para perderse en la dimensión del deleite. En el texto que aquí se comenta,

Guillermo Alfaro nos recuerda que los efectos del goce resultan peligrosos y hasta evoca la historia testimonial de los desastres ocasionados por él. Ciertamente, un ejemplo lo constituyen los “padres primordiales”, Adán y Eva, expulsados del lugar del placer por transgredir la ley. Alfaro llega incluso a aconsejarnos que nos cuidemos a este respecto.

Cabe preguntar si es oportuna esa advertencia precisamente ahora, cuando se redescubre que en la lectura hay placer y cuando este

aspecto gobierna la discursividad de los sectores políticos, culturales, académicos y, desde luego, los económicos, además de justificar inversiones para formar pueblos de lectores y emprender programas destinados a “enseñar” el placer de leer, a diferencia de lo que ocurría en épocas pasadas, cuando para muchos la lectura, en particular la realizada a solas y en silencio, resultaba sospechosa y hasta peligrosa. Cuántos libros y lectores fueron castigados por infringir las leyes impuestas por quienes determinaban qué, cómo y dónde leer, es decir por quienes pretendían –y en cierta medida lograron– controlar mente y emociones. Ahora la lectura, para enormes mayorías, es un acto deserotizado. Sin embargo, en la disertación de Alfaro encontramos un camino para recuperar el placer perdido en ese privilegiado y luminoso instante, expuesto de manera muy bella en la metáfora de la *epifanía*. La perspectiva con que este autor aborda el asunto me llevó a elegir el título de mi comentario, que me compromete a apoyarme en algunas premisas del campo psicoanalítico.

El texto suscita la pregunta: ¿qué peligros podría encerrar el placer de una actividad tan noble como lo es la lectura, si, como el propio Alfaro afirma, “desde los orígenes de la escritura se ha leído con placer no pocas veces”? Desde luego, pero, como en todas las épocas, la ley

intenta normar ese disfrute y, así, establece lo que debe ser un placer “bueno” y un placer “malo”. La misma naturaleza de la ley abre el camino para que se la transgreda, ya sea de manera consentida o clandestina. Recordemos que el contenido del placer “malo”, según la época, las circunstancias y el lugar, varía, aunque siempre ocupa el lugar del “pecado,” y sólo deja de serlo cuando la ley, a través de instituciones como la familia, la escuela, la biblioteca y la Iglesia, lo permite.

En su obra, Alfaro nos hace recordar que desde tiempos remotos, anteriores al de los griegos ya provistos de alfabeto, se produjeron obras para el placer. Pero anterior a ellos, ya en otra cultura encontramos obras elaboradas con esa misma intención; por ejemplo ese antiguo texto de escritura cuneiforme creado en el siglo V antes de nuestra era, donde se relatan las hazañas del héroe babilónico *Gilgamesh*, epopeya tan popular que tres centurias después ya había una versión estándar reproducida en diversas ciudades. Este hecho nos hace pensar en personas que seguramente, gracias a la mediación de esclavos que leían en voz alta para sus amos y acompañantes, experimentaban gratas ensoñaciones en donde ocupaban el lugar del protagonista. ¿Cuántas

veces habrán ordenado la relectura de tal historia para revivir incesantemente esos momentos gratificantes y cuántas veces más habrán evocado esas imágenes acústicas que, como bien señala Lledó, “más allá de la particular historia, se hacen presentes a los ojos [o en los oídos] de cualquier lector que no esté ahogado por el vital pero siempre efímero aire del instante. Ese más hondo aliento que nos permite salir de los surcos del texto... ?”¹ Pero ello también es constatación, agrega este autor, “de que la vida del pensamiento no transcurre en el tiempo primero de la sensación, sino en ese otro tiempo paralelo, distante y lento, en el que la conciencia impone otro ritmo más complejo, que el de la fiel, unidimensional, naturaleza”.² Es decir, un más allá en donde una sensación queda como impronta que cobra potencia en la mirada retrospectiva, pues el instante de una sensación cualquiera es inaprehensible y sólo queda una representación de ella a la que el pensamiento, con las imágenes y palabras, imprime en el presente otros sentidos y significados que el instante desvaneció. La memoria, al evocarlos, los hace circular en una temporalidad y en un ritmo marcado por la aparición y la desaparición. Ésa es la fatalidad del placer y por eso siempre se produce el eterno retorno; por eso la

repetición busca de nuevo ese instante de placer; pero en algún lugar un fragmento de ese instante se ha perdido pese a toda voluntad.

Puesto que el “problema” es el placer, no está por demás explorar su etimología. Nos encontramos con el hedonismo, procedente del griego hedoné, placer, gozo, voluptuosidad. Se trata de una doctrina que proclama el placer como fin supremo de la vida. Desde un principio, entre los antiguos griegos, el placer se consideraba un bien, el fin último que persigue la acción humana, y a partir de esa premisa se establecieron dos posturas: según la primera, el único bien que debe perseguir el ser humano es placer, entendido como disfrute individual, inmediato y sensible; en tanto, la segunda juzgaba el placer como el principio y el fin de la vida feliz, mas no como deleite inmediato, sino como bienestar constante y ausencia de dolor. Según otros, el placer no corresponde al individuo, sino a la sociedad, y el bien moral es la consecución del placer para el máximo número de personas. El discurso religioso de nuestra era proscribió todo placer que no fuera el de la búsqueda de la sabiduría en la palabra de Dios, como lo ilustra san Agustín, quien animaba a sus monjes a leer las Sagradas Escrituras con estas palabras: “Leedlas, porque las encontraréis más dulces que toda miel, más agradables que todo pan, más alegres que todo

¹ LLEDO IÑIGO, Emilio. *El surco del tiempo: meditaciones sobre...*, p. 15.

² *Ibid.*, p. 156.

Más allá del placer de la lectura

vino".³ La lectura monástica era una actividad de *rumigáre*, un darle vueltas al texto mediante la reflexión, hasta que sólo quedara el bien y, al mismo tiempo, desaparecieran los ataques de los demonios que desviaban del camino hacia la Sabiduría, primera de todas las cosas que debía buscarse. Por ese camino habría de llegar la luz que encendería y haría brillar al yo del lector. Posteriormente, la lectura escolástica se convirtió en un acto de repetición, de copia se convirtió en *lectio*, lección, texto y lectura despojados de placer sacrificados por supuesto saber.

Más tarde, el padre del psicoanálisis, Freud, demuestra que el principio del placer regula de manera automática los procesos anímicos. Confirma que, en todos los casos, dicho proceso se pone en marcha cuando se produce y eleva una tensión o energía fuente de displacer,

que busca liberarse. Es decir el displacer como condición para se produzca el placer. Entonces, por la función del principio del placer, se descarga y ello hace que el aparato anímico reduzca el monto de energía para mantenerla constante en el más bajo nivel posible, de un modo sólo temporal. Pero nunca suprimirla del todo.⁴ La falta y el exceso de placer se encuentran en la in-existencia, sea por el camino del goce o por el de la quietud, por consiguiente, deben regularse. Al mismo tiempo cuando se ejerce el control sobre las energías que precisan liberarse; esa retención, ese poder sobre ellas y ese liberarlas para después de nuevo controlarlas, esa dosis de crueldad, es generadora de placer, precisamente el origen del principio de repetición. Consideradas las características del placer, hemos de proponer como premisa universal que a todo individuo, de cualquier época y

lugar de este planeta, lo rigen tres imperios que, fatalmente, llegan a un mismo final: la no existencia. Estos imperios son la autoconservación hasta la inmortalidad. el placer hasta el goce y el poder hasta la crueldad. Esos imperios se fundan en la fuerza del placer, que un poco más allá pueden ser atrapados por el principio de nirvana, por la quietud o por el imperativo "goza sin cesar". No obstante, la proximidad de esos estados que ejercen una enorme atracción genera angustia y empuja hacia el retorno.

En otras palabras podemos decir que nuestro ser, para ser, vive en una permanente tensión a causa del placer, pues, aunque sea de manera momentánea, tiende a aproximarse al goce, aunque el hacerlo compromete el proceso del ciclo vital y, por tanto, tendrá que aliarse al principio de repetición, un retorno a un estado de reposo míni-



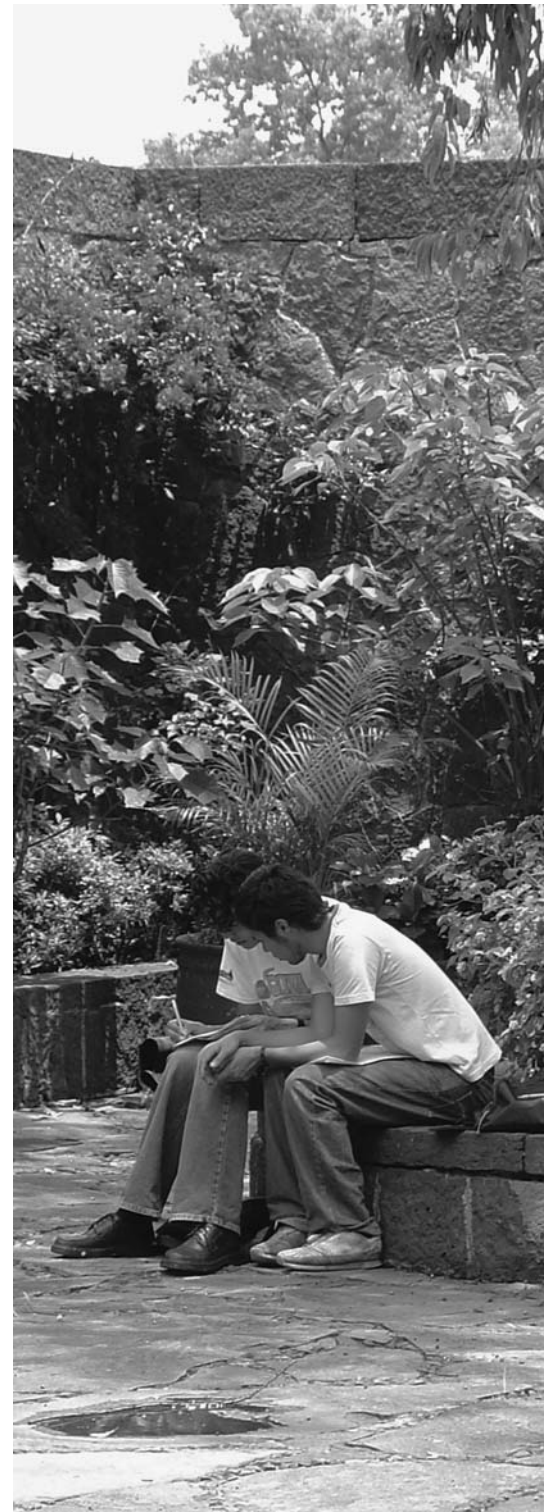
³ ILLICH, Iván. *En el viñedo del texto. Etología de la lectura...*, p. 76.

⁴ Cf. FREUD, Sigmund. Más allá del principio del placer: psicología de las masas y análisis del yo y otras obras, 1920-1922. En: *Obras completas...*, p. 7.

mo; de esa manera, podemos decir que el principio del placer ejerce una función reguladora porque evita el exceso del monto del placer tanto como el del displacer, que puede ser destructivo. Por otro lado, la repetición asegura un disfrute que rememora la actividad primaria dirigida a recuperar el dominio antes de que el placer inicie su imperio.⁵ Al respecto, Nietzsche ya se había adelantado, pues en su texto sobre *El nacimiento de la tragedia* señala que ésta, más allá del alivio del espanto y la compasión, más allá de purificar de un afecto peligroso mediante una vehemente descarga de él, es para ser nosotros mismos el eterno placer del devenir —ese placer que incluye en sí mismo el placer de destruir—.⁶ Hay un ritmo que debe establecerse: en un comienzo titubeante, camina hacia adelante, pero, llegado a cierto lugar de este camino, se lanza hacia atrás para volver a retomarlo desde cierto punto y así prolongar el trayecto. Como señala Nietzsche, “la doctrina del eterno retorno, es decir, de un ciclo incondicional, infinitamente repetido, de todas las cosas”.⁷ El placer aparece y se inserta en este ritmo.

Al respecto, Derrida señala que el placer es ritmo, y que resulta indispensable un desequilibrio que lo lance hacia adelante. Placer—displacer, ritmo que refiere a un valor métrico, y que, más que oposición, produce una alteridad en donde dolor y placer no son opuestos, sino simplemente diferentes. El principio del placer impone el ritmo, obtiene su beneficio de la moderación y esclaviza al sujeto bajo su imperio. Derrida identifica ese ritmo en Nietzsche como una diferencia que también aparece en el bien y en el mal,⁸ en el placer—displacer, en la vida y la muerte; la diferencia entre uno y otro es un espacio, un instante. Que Salvador Elizondo lo describe en esta frase de su *Farabeuf*: “...esperándome como un tigre, en un quicio que, transpuesto, es la frontera entre la vida y la muerte, entre el goce y el suplicio, entre el día y la noche...”⁹

Esta alteridad, Alfaro la aborda en la dualidad “racionalidad abstracta—placer” de la lectura, que es asimismo el resquicio por donde aparece la epifanía. Al respecto,



⁵ *Ibid.*, Vol. XIX, p. 31.

⁶ NIETZSCHE, Friedrich. *Ecce homo: cómo se llega a ser lo que se es*, p. 78.

⁷ *Ibid.*, p. 79.

⁸ DERRIDA, Jacques. *La tarjeta postal: de Sócrates a Freud y más allá*, p.382-385.

⁹ ELIZONDO, Salvador. *Farabeuf*, p. 85.

Más allá del placer de la lectura

señala que, entre los antiguos griegos, la lectura estuvo al servicio del pensamiento racional abstracto, plasmado en la cultura escrita como una racionalidad que impone límites al placer, pues éste hace perder la razón. Por ello, los antiguos griegos distinguieron entre la lectura para la razón, que debe estar bajo el control de la voluntad, y la lectura de placer, destinada a avivar la emoción, para la experiencia estética, voluptuosa, y a erotizar la imaginación, que desborda los límites.

Sin embargo, esa lectura “racional” podría convertirse en otra forma de placer, a saber: la de domeñar a la lectura hedonista, ponerle límites a esta lectura fuente de liberación, que va más allá de la voluntad, de la razón, esa que Michel de Certeau considera “rebelde y vagabunda”. La lectura insertada en el diálogo del “alma consigo misma sin voz” y sin tiempo está liberada de sometimiento.¹⁰ Es a esta la que la razón busca controlar y en ello encuentre un grato sadismo. Recordemos que la lectura en la Edad Media, salvo la vinculada con las Sagradas Escrituras, llegó a considerarse peligrosa, propiciatoria de la transgresión, y todavía en algunos lugares se prohíbe, persigue y castiga porque representa la maldad, el pecado, la lujuria. Refugiada en la clandestinidad, resulta más apetitosa que su hermana la literatura, culta, alimento de la

razón, seria, reverenciada, considerada partera de ideas y emociones virtuosas, así como de verdades científicas. Por supuesto, hay otra escritura que es hija del placer de leer. Pensemos qué podría hacer alguien con todos esos productos de su imaginación en caso de no darles desahogo: se volverían quizás contra su progenitor, quien, condenado a vivir en el eterno goce de la imaginación, enloquecería. En este sentido, confiesa Roland Barthes: “Si leo con placer esta frase, esta historia o esta palabra es porque han sido escritas en el placer”. Pero sabemos que el placer surge de manera inesperada. Curiosamente, la lectura de textos de contenido religioso, al anudarse con el placer, propiciaban la lujuria, como lo atestiguan los escondidos documentos de un monje medieval que aprendió a escribir para alivio de su displacer. Pero, qué hubiera sido de él o del marqués de Sade sin la escritura, que les impidió un pasaje al acto, al suicidio, a la demencia, tal como sus escritos salvaron también a sus lectores, gracias al placer de leerlos, tanto más intenso cuanto que se conseguía de manera clandestina, pues, como lo señala con gran sencillez y claridad Lin Yutang, “La lectura de un libro prohibido, tras una puerta cerrada, en una noche de nieve, es uno de los mayores placeres de la vida”.

Después, el placer de la lectura fue permitido, legitimado, como nos dice Alfaro: “clama por el reconocimiento que le permita estar a la par de la lectura cognoscitivista hecha para el razonamiento”. En el discurso ilustrado del mundo occidental se propugnaba la libertad de los ciudadanos para usar el raciocinio en la creación de una nueva sociedad próspera y generosa con sus integrantes. Entonces el deseo de leer se orienta hacia ser lector como una identidad ideal. Precisamente la lectura, en ese contexto, se convirtió en un imperativo y, por tanto, en deseo, obligación y esperanza, mientras el analfabetismo se concebía como una lacra que debía suprimirse. Es entonces por entre resquicios que el placer de leer logró filtrarse a través del discurso más racional, el de los ilustrados. Para convencerse de esto basta ver las pinturas decimonónicas (el hermoso cartel que anuncia la conferencia magistral de Alfaro reproduce una de ellas) que representan el disfrute de mujeres, hombres y niños en pleno acto de leer. Y en literatura tenemos a *Madame Bovary*: una advertencia, para las lectoras, sobre los riesgos del placer obtenido al leer novelas románticas, cifrada particularmente en el pasaje donde se refiere que, desde muy joven, Emma empezó ensuciarse las manos con el polvo de los libros de la biblioteca pública. La novela de Flaubert nos deja ver que la intensidad del placer de leer sobre amores apasionados

¹⁰ LLEDÓ IÑIGO, Emilio, *Op. cit.*, p.180.

condujo a madame Bovary al goce, estado del cual nunca se recuperó, pues, por buscarlo incasablemente en la realidad, tuvo que pagar el precio de su propia vida.

Durante el siglo pasado, la cultura escrita se masificó ante la urgencia de educar a los pueblos. Entonces, el espacio y el tiempo para el placer de leer quedaron postergados, pues se pensó que, seguramente concluidas las obligaciones escolares, los nuevos lectores irían en busca suya. Pero después no quedó tiempo para leer, pues “la lectura es el privilegio lejano, deseable pero no esencial, el desciframiento de signos que debería ser más frecuente, pero [que] la vida moderna no [...] permite, [pues] hay tanto que hacer, todo pasa tan rápido, [y] sobrevivir es lo importante”, nos recuerda Carlos Monsiváis. Precisamente es el tiempo de la posmodernidad, al que en otro de sus artículos Alfaro denomina tiempo líquido,¹¹ asible sólo en algún un instante en la escritura y en la lectura.

Resulta que hoy, en los albores del siglo XXI, preocupa seriamente, incluso en países desarrollados, el fenómeno conocido como *iletrismo*, definido como una declinación de la práctica de la lectura, en particular de libros. Una elevada proporción de lectores con mejores destrezas y una asidua práctica de la lectura

de textos de calidad parecen metas inalcanzables. Ante estos hechos, se fortalece la idea de que, para revertirlos, resulta indispensable el placer de leer. Por eso, como afirma Alfaro, se ha convertido en una suerte de imperativo: hoy es obligatorio que la lectura produzca placer. Sin embargo, Pennac nos coloca en la realidad desde la primera página de su libro *Como una novela*, donde advierte: “El verbo leer no tolera el imperativo, aversión que comparte con otros verbos: el verbo amar... el verbo soñar...”. Y mucho menos ha de producir placer sólo para abonar a ese ideal del hombre de este siglo que Alfaro refiere mediante esta cita de Pascal Bruckner: “euforia perpetua o el deber de ser feliz”. Agrega Alfaro que la felicidad incluso se ha legalizado como un

derecho de los ciudadanos, tal cual consta en la carta magna de los Estados Unidos. Esa frase también recuerda a Ricardo Flores Magón quien en uno de sus tantos lemas señalaba que los mexicanos teníamos derecho a ser felices. Quizá en ese momento nadie imaginaba que la felicidad se convertiría en una mercancía.

A partir de esta premisa, “deber ser feliz”, se ha desarrollado una buena parte de la economía que ha penetrado hasta en las culturas “místicas.” Alfaro identifica la década de los años sesenta del siglo pasado como el inicio de la búsqueda de placer, quizá para dar la espalda a la ominosa cara ofrecida en las guerras por el ser humano racional, quien descubrió el placer que puede



¹¹ ALFARO LÓPEZ, Héctor G. *Tiempo líquido: la crisis del libro y la lectura*, p. 53-70.

Más allá del placer de la lectura



dispensar la crueldad. Así, entonces, aunque admitido este proceso, había que denegarlo, encubrirlo mediante una representación: el fetiche, y un sustituto intelectual: el placer, la felicidad, la trivialidad. De manera que lo que no divierte ni entretiene se desecha, ya que no le sirve al ciudadano "feliz" del planeta globalizado. Este ciudadano, remitido a su etapa oral más placentera, ciudadano amamantado y preservado del sufrimiento, no debe esforzarse y, en vista de su estado de inmadurez, necesita que se le procuren todos los placeres, que se satisfagan todos sus requerimientos e, incluso, anticiparse a sus deseos.

¿Y por qué no leer, si ello produce placer?, interrogan los intelectuales, académicos, escritores, editores y bibliotecarios. Si el placer nos gobierna y regula nuestra voluntad, aunque, como apunta Roland Barthes, la idea del placer ya no halague a nadie. Nuestra sociedad parece a la vez tranquila y violenta, pero sin lugar a dudas es frígida. Tal afirmación es muy grave, pues equivale a decir que ya no deseamos, que nada nos seduce, que nada nos falta, ya que el mercado es tan vasto y nos ofrece tantos y tan variados productos y satisfactores personalizados que incluso podemos sustituir a otros seres humanos. Ahora ya no es necesario pos-

tergar el placer, como antes, cuando se nos prometía el goce en el cielo después de una vida de sacrificios. Esa promesa está en la tierra, en los centros comerciales (los *shoppings*). Y allí están los mensajes encargados de despertar nuestra pasión, de hacernos sentir el placer o el poder al manejar un coche, apretar un botón, beber un refresco. El mercado nos impone deseos y placeres; incluso nos prescribe y dosifica la cantidad y calidad del placer que es posible sentir, y además nos lo proporciona en modalidades y variedades determinadas a su antojo. Pero algunas personas desorientadas no leen porque no saben qué elegir, porque no tienen

deseos, porque experimentan un vacío que algo o alguien debe llenar. Como bien afirma Lipovetsky en su libro *La era del vacío*, estamos sometidos a una seducción constante. Ahora hay libertad para elegir entre una multitud de posibilidades; todo depende de qué queremos “ser” o parecer que somos. También a eso se debe el éxito de los libros de autoayuda y de superación personal, que nos adaptan a los ideales de la sociedad o por lo menos nos asemejan lo más posible a ellos. Al respecto, el psicoanalista Jacques Lacan, quien vio nacer la década de los años sesenta, esa década que nos marca Alfaro como el principio del reinado de mercantilización de la felicidad, descubrió que el deseo es deseo del Otro, ese lugar del otro parental, actualmente ocupado por la imagen y el mercado, pues los medios ordenan, además de la felicidad, la conservación de la juventud y la belleza. Allí están las anoréxicas, nada por fuera, nada por dentro, viven para ser delgadas, y los físico-culturistas, cuya existencia se consagra a la modelación de su cuerpo, para llegar a parecer lo que no son. Sus cuerpos son el objeto de goce del mercado. Por eso, como señala Alfaro, “el placer termina girando en el vacío”. En efecto, ése es el goce: girar siempre en busca del objeto del deseo perdido. Debido a ello, no se necesita censurar ya, ni prohibir ni castigar, al sujeto-objeto, puro cuerpo que ha perdido el sentido de la realidad y que

habita en lo real, en lo que no puede nombrarse, sin lenguaje propio, porque algo habla y desea por ellos.

Por otro lado, impera la inmediatez, el aquí y el ahora: todo tiene que ser en el presente, ya que el futuro es sumamente incierto. La rapidez, que se privilegia hasta para comer, mata el disfrute, pues impide sentir, imaginar, reflexionar. Muchas personas, incluso niños y jóvenes, declaran que no leen porque no tienen tiempo. De ahí el éxito de los cursos que se venden para desarrollar la destreza de la lectura veloz, a los que Woody Allen se refiere con insuperable ironía: “Tomé un curso de lectura rápida y fui capaz de leerme *La guerra y la paz* en veinte minutos. Creo que decía algo de Rusia”. Esa centrifugación del tiempo, como la denomina Alfaro, impone al sujeto su ritmo, de modo que, entre el displacer y el placer, no queda espacio para que surja el deseo, el júbilo, el deleite, posiblemente si llegaran a aparecer ni siquiera se perciban.

Ahora empezamos a vislumbrar hacia dónde se dirige la advertencia de Alfaro: icuidado con el placer! Tal llamado de alerta tiene sentido en este tiempo líquido donde se constituye de manera simultánea el binomio lectura consumo-desecho, en el que no hay espacio para el placer, ni para el saber, ya que “cierra –nos dice Alfaro– sus posibilidades de cuestionamiento y transformación social e individual”. En

efecto, se trata de una lectura que llena, pero no nutre, que propicia la glotonería y satisface por la cantidad, pero que exilia la calidad, y atrapa, fija e inmoviliza al lector en un estado de oralidad insaciable, estado puro de goce pegado al seno materno: no hay yo, ni sujeto; hay objeto, pero no salida, y hay perversión; por eso se multiplican los textos despojados de placer. Y es que los autores se han contagiado de ese tiempo rápido destinado al entretenimiento efímero, alcanzado mediante textos mecánicos hechos para la lectura rápida, lectura mecánica que Edith Wharton ubica entre los peores vicios o adicciones.¹² La alerta que lanza Alfaro puede extenderse hacia los mediadores quienes pretenden que los lectores “encuentren” el placer de leer por rodeos “divertidos” o a través de juegos. Es decir, tal parece que los textos, en especial aquellos que no se ajustan o se resisten a la escritura de consumo necesitan de puntales para que parezcan entretenidos. Y es que la lectura convertida en mercancía, sometida a las leyes de consumo, y no a las del deleite; se aleja entonces irremediamente de esa otra lectura de tres tiempos que sugiere Barthes: la que se detiene en el placer de las palabras, la que corre hacia el fin y “desfallece de tanto esperar, y la que cultiva el deseo de escribir”.

¹² WHARTON, Edith. *El vicio de la lectura*, p. 56

Más allá del placer de la lectura

Después de que Alfaro nos ha colocado en el punto del paroxismo al revelarnos el placer perverso de la lectura, pregunta: ¿cómo transitar del goce perverso al hedonismo de la lectura? Y responde sin ofrecer un camino fácil; antes bien, propone uno muy complejo: la vía del texto. Sugiere los tres tiempos de Cassany: “leer las líneas, entre líneas y detrás de las líneas”. Esto nos recuerda una constante de los tres momentos de la lectura en otros autores, entre ellos Noé Jitrik, quien plantea la siguiente tríada: lectura *literal*, lectura inmediata, percibe las letras y luego las palabras, aparece el texto, las letras actúan, el lector las hace resonar, puede detenerse allí o continuar, el autor señala que esa lectura es de la dimensión de lo “inconsciente”; transita a la lectura *indicial*, en la cual el texto seduce, sugiere, muestra y oculta, puede agotarse o, pasar a la lectura *crítico*, que considera consciente. Exige depuraciones múltiples, constantes.¹³ En los pasajes entre una y otra aparece fugaz el placer.

Emilio Lledó describe el acto de leer también en tres momentos: el de las semillas, es decir, las palabras, que recobran en el mundo interior de la mente resonancias que no están en ellas originariamente, que las han ido adquiriendo

en la vida; semillas-palabras que caen en una tierra fértil, capacidad germinativa de cada lector, quien alimenta y transforma en frutos dulces o amargos. Puede darse el caso que las semillas caigan en tierra infértil; pero también sucede que las semillas sean estériles.¹⁴

Al parecer hay una coincidencia en ese mágico número tres, pues Lacan lo emplea también en esta explicación sobre los tiempos:

- 1º Tiempo de ver, instante de la mirada, re-conocimiento que apunta a la incógnita, a la pregunta. (El lector frente a la letra)
- 2º Tiempo de comprender, momento de la meditación, de la reflexión, del juicio. (el lector atrapado en el texto)
- 3º Tiempo de concluir, lapso de la iluminación, el desahogo, el júbilo. (el lector emerge del texto)¹⁵

Si relacionamos estos tiempos con los de la lectura, identificamos en el primero el tiempo de la letra, en el segundo el del texto y en el tercero el del lector. Es decir, en estos tres movimientos del acto de leer se antoja una relación entre el lector y el texto en la que aparece la secuencia de la seducción, la conquista y el éxtasis.

En el pasaje de un movimiento a otro de esos tres tiempos, se instaura la relación dialéctica mente-cuerpo, afuera-adentro, individuo-sociedad, dormir-despertar, consciente-inconsciente, y en ese pasaje, entre todos esos elementos, surge un instante en que, gracias a que algo del control desaparece, falla la resistencia y se suscita fugaz la *bonheure*, esa susstracción del tiempo que, según refiere Alfaro, escinde –como dicen los psicoanalistas– lo que asoma entre “dos muertes”. En ese momento se produce el fading, se desvanece, es fugaz, apenas relumbra y ya se apaga. Y es difícil recuperarlo a voluntad. Es la felicidad, apunta Alfaro, pero nos recuerda que ella y su hermano el placer se han gastado por la fuerza del mercado. Por eso no debemos dejarnos convencer de que aquellos pueden comprarse u obtenerse con sólo oprimir un botón. No: el placer de la lectura, a diferencia del que se vende, no debe buscarse. Es simplemente un golpe de suerte, llega inesperadamente. Siempre está en el texto, acechando, y, en un descuido, provoca la epifanía! Aparece en virtud de una palabra, una oración, un párrafo, un giro lingüístico o hasta del texto todo. Posiblemente, también al concluir el texto, merced a un vuelco retrospectivo que sobreviene de golpe, extenuados de tanto esperar o buscar entre líneas, detrás de éstas o en ellas, la epifanía aparece cargando tras de sí una constelación de emociones, pensamientos, placeres y sufrimientos, algunos de ellos

¹³ JITRIK, Noé. *La lectura como actividad*, p.71.

¹⁴ LLEDÓ LÑIGO, Emilio, *Op. cit.*, p.126-128.

¹⁵ LACAN, Jacques. *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada...*, p. 187.



perdidos en el olvido y otros revestidos de un fulgor que quizá en su momento no tenían. Así, la intensa epifanía irrumpe en las intersecciones del texto y del lector, en donde la palabra puede ser erótica, nos dice Barthes, “bajo dos condiciones opuestas, ambas excesivas: si es repetitiva hasta el cansancio o, por el contrario, si es inesperadamente succulenta por su novedad, en ciertos textos las palabras brillan, son como apariciones que distraen, incongruentes –importa poco que puedan parecer pedantes–”.

Para finalizar, disiento de la idea del goce que Alfaro asocia al eco del placer, como una reverberación.

Ese inasible resto de la felicidad, del júbilo, si se quiere del paroxismo, ese *más allá del placer de leer*, a mi juicio, no es el goce, es el retorno al deseo. Deseo de esa epifanía perdida. Deseo que nos impulse a peregrinar por los viñedos del texto, para seguir libando en ellos donde, quizás en una uva cualquiera y en el momento más inesperado, nos sorprenda la epifanía.

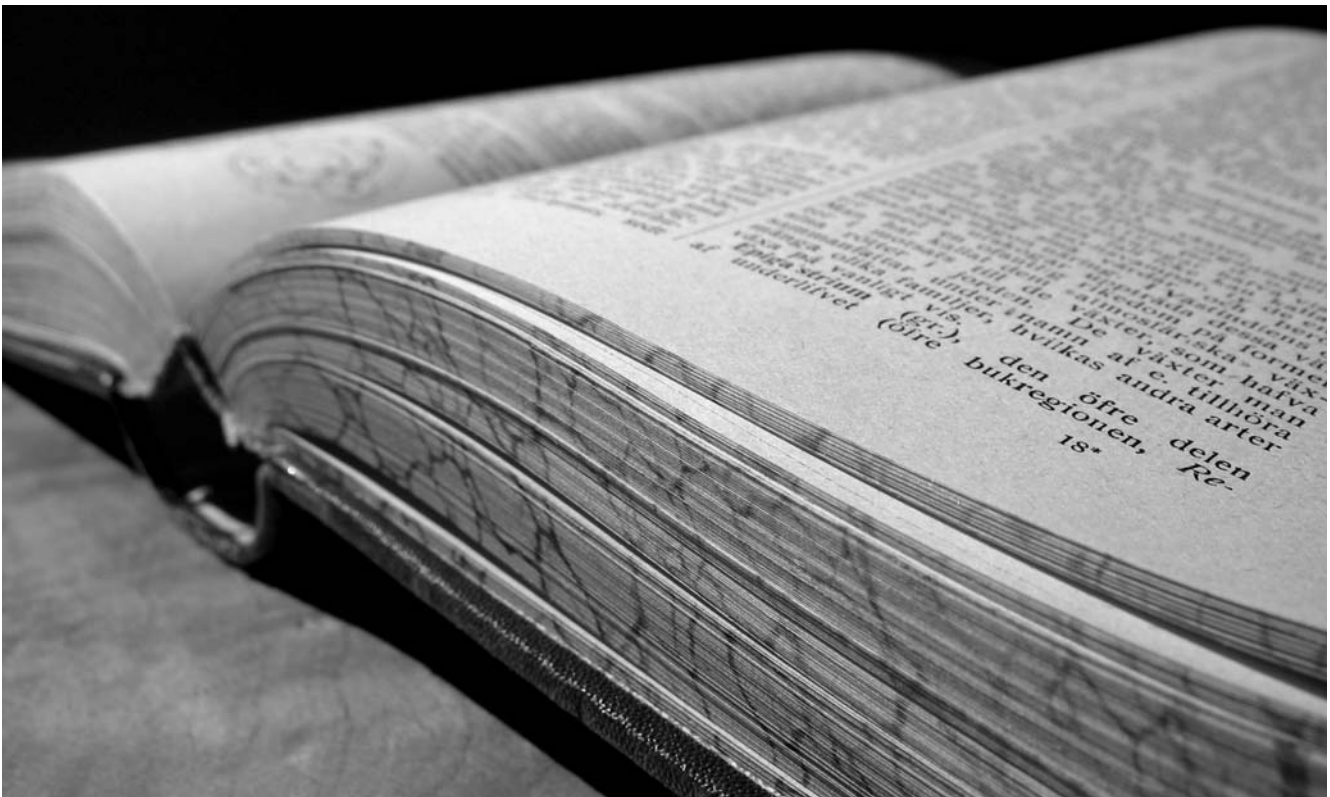
Para concluir busquemos el placer en esta poesía de Nietzsche, *Segunda canción del baile (Así habló Zarathustra III)*.

¡Oh hombre! ¡Presta atención!
¿Qué dice la profunda medianoche?

«Yo dormía, dormía, -
De un profundo soñar me he despertado: -
El mundo es profundo
Y más profundo de lo que el día ha pensado.
Profundo es su dolor,
El placer - es más profundo aún que el sufrimiento:

El dolor dice: ¡Pasa!
Más todo placer quiere eternidad,
¡Quiere profunda, profunda eternidad!»

Agradezco a Héctor Guillermo Alfaro la invitación a comentar su texto, que leí con placer porque fue escrito con placer. ☞



Obras Consultadas

ALFARO LÓPEZ, Héctor G. Tiempo líquido: la crisis del libro y la lectura. *Investigación Bibliotecológica: archivonomía, bibliotecología e información*, enero/junio 2000, vol. 14, no. 28, p. 53-70.

DERRIDA, Jacques. *La tarjeta postal: de Sócrates a Freud y más allá*. 2ª ed. México: Siglo XXI, 2001. 486 p.

ELIZONDO, Salvador. *Farabeuf*. 5ª ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. 177 p.

FREUD, Sigmund. Más allá del principio del placer: psicología de las masas y análisis del yo y otras obras, 1920-1922. En: *Obras completas: ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey*. Colab. Anna Freud. 2ª ed. Buenos Aires: Amorrortu, 1984. Vol. 18, 303 p.

ILLICH, Iván. *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al "Didascalicon" de Hugo de San Víctor*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002. 210 p.

JITRIK, Noé. *La lectura como actividad*. México: Fontamara, 1997. 87 p.

LACAN, Jacques. El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada: un nuevo sofisma. En: *Escritos 1*. 22ª ed. México: Siglo XXI, 2001. 479 p.

LIPOVETSKY, Gilles. *La era del vacío: ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. 13ª ed. Barcelona: Anagrama, 2000. 220 p.

LLEDÓ IÑIGO, Emilio. *El surco del tiempo: meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*. 2ª ed. Barcelona: Gedisa, 1992. 231 p.

NIETZSCHE, Friedrich. *Ecce homo: cómo se llega a ser lo que se es*. Madrid: Alianza, 2003. 135 p.

PENNAC, Daniel. *Como una novela*. Tr. Joaquín Jordá. 9ª ed. Barcelona: Anagrama, 2003. 169 p.

WHARTON, Edith. *El vicio de la lectura*. Tr. Demetrio Garmendia Guerrero. México: Verdehalago, 2001. 55 p.